ISSN 1390-7719

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

SEREÍS MIS TESTIGOS

REVISTA PUCE 101

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

ESCUELA MULTILINGÜE DE NEGOCIOS Y RELACIONES INTERNACIONALES (LEAI)

3 DE NOVIEMBRE DE 2015–3 DE MAYO DE 2016
QUITO–ECUADOR

Centro de Publicaciones
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DEL ECUADOR

Centro de Publicaciones
Escuela Multilingüe
de Negocios y Relaciones Internacionales
Revista PUCE
Quito–Ecuador

Rector
Dr. Fernando Ponce León, S.J. (Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito-Ecuador)
Director General Académico
Dr. Carlos Acurio Velasco (Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito-Ecuador)
Director del Centro de Publicaciones
Máster César Eduardo Carrión (Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito-Ecuador)
Decana de la Facultad de Comunicación, Lingüística y Literatura
Máster Rosa Llerena
Director de la Escuela Multilingüe de Negocios y Relaciones Internacionales (LEAI)
Máster Ivonne Téllez Patarroyo

Miembros del Comité Ejecutivo del Centro de
Publicaciones (Comité Editorial):
Dra. Mercedes Mafla Simon
Dr. León Espinosa O.
Dr. Álvaro Mejía S.
Mgtr. César Eduardo Carrión

Presidente (Editor en Jefe)
Magister César Eduardo Carrión (Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito-Ecuador)

Secretario (Coordinador del Comité Editorial)
Lcdo. Walter Jiménez Sarabia (Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito-Ecuador)

Miembros del Comité Editorial de la Escuela Multilingüe
de Negocios y Relaciones Internacionales (LEAI)
Mtr. Alfredo Altamirano Ulloa (Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito, Ecuador)
Mtr. Donald Stewart (Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito, Ecuador)

Autores
Nathalie Trejo (Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito, Ecuador)
Ivonne Téllez Patarroyo
Stéphane Vinolo
María Eugenia Perreira
Ignacio BartesaghiL
Paolo Garcés Velástegui
David Guzmán
Stephany Vargas
Roque Pinto
Irene Guillén
Pedro Montero
Gabriel Pazmiño Solys
Mayra Beltrán Morales
Mayra Beltrán M.
Héctor Hurtado
Antonio Torres
Fernando Barredo

Miguel Llora
Juanita Pulla
Catalina Pelchor
Donald Stewart
Christian Gavilanes Jijón
Jorge Mora Varela
Rosana Moscoso Loaiza

Informantes
Stéphane Vinolo
David Guzmán
Antonio Torres
Ignacio Bartesaghi

Secretario Abogado
Dr. Edmundo Vaca

Corrección de estilo y ortografía:
Alfonso Sánchez

Colección nº 101
3 de noviembre de 2015
Publicación semestral
ISSN: 1390-7719
Registro de Derecho Autoral nº 010645
Ingresada al Catálogo Latindex Folio 21880
(www.latindex.unam.mx/buscador/ficRev.html?opcion=1&folio=21880)

La Revista de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador es una publicación semestral (mayo y noviembre) de su Centro de Publicaciones, que difunde trabajos académicos y científicos, estrictamente originales en español, en las áreas de Leyes, Pedagogía, Ingeniería, Economía, Biología, Química, Historia, Geografía, Antropología, Sociología, Filosofía, Teología, Comunicación, Linguística, Literatura, Medicina, Administración, Arquitectura, Gestión Social, Psicología y Diseño, y es arbitrada por especialistas de indiscutible valor, cuyos nombres se mantienen en absoluta confidencialidad, recibe trabajos todo el año; el propósito de la Revista PUCE es difundir conocimientos, intercambiar experiencias e incentivar la producción del pensamiento especializado. El contenido de esta revista está dirigido a docentes, investigadores, estudiantes universitarios y público en general.

Los artículos son de responsabilidad exclusiva de sus autores.
Los derechos de autor son exclusivos de la PUCE.
Se prohíbe la reimpresión parcial o total con cualquier finalidad.

Editorial (Punto de venta)
Centro de Publicaciones PUCE
Av. 12 de Octubre y Róbles
Apartado nº 17-01-2184
Telf.: 593-02-2991700
2991 700 (TRONCAL). Extensiones: 1013, 1711, 1122
Telf.: 593-02-2991711 (directo)
(Se aceptan canjes)
cecarrionc@puce.edu.ec
Quito–Ecuador

Impresión
PPL Impresores • 2529762
Quito–Ecuador
pplimpresores@gmail.com

Revista PUCE. ISSN 1012-389X. Núm. 101
3 nov 2015-3 mayo 2016. Moscoso, pp. 303-316

OTRA MIRADA A LOS ENCUENTROS CON JESÚS

Rosana Moscoso Loaiza[1]

PALABRAS CLAVES: Milagros, encuentros, conversión, liberación, sanación, Jesús.
KEY WORDS: Miracles, conversion, encounters, liberation, healing, Jesus.

RESUMEN

La época de Jesús era una época en la cual la organización social y cultural dividía a la sociedad entre cumplidores de la ley y no, o entre sanos y enfermos. Jesús se dejó afectar y es por eso que su encuentro con los otros les liberó. Todos los relatos de los encuentros y milagros de Jesús son usualmente narrados desde el punto de vista de un observador que cuenta lo que los beneficiaros han recibido, una descripción del lugar y de la situación en ese momento. En este artículo, se propone un acercamiento a los milagros y encuentros desde la persona que recibe la gracia. Es una mirada más humana, que contiene las consecuencias que ese encuentro ha tenido en la persona y el cambio que esta persona llega a tener. Para conocer lo que la persona vivía, se presenta también las características principales de lo que se vivía en la sociedad y diferentes concepciones de milagros.

ABSTRACT

The time of Jesus was one when the social and cultural organization divided society between the law-abiding and others, or between the healthy and sick. Jesus was affected and this is why his encounter with the others freed them. All the accounts of the meetings and miracles of Jesus are usually narrated from an observer who tells what the benefits were that they had received, and a description of the place and situation at that specific moment. This article proposes an approach to the miracles and events from the person

1 Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Facultad de Comunicación Lingüística y Literatura. Escuela de Lenguas. Ecuador. Quito.(rmoscoso450@puce. edu.ec)

who received the grace. It is a more human gaze, which contains the consequences that this meeting had in the person and the change that this person experienced. To know what the person went through, this article also presents the main characteristics of what happened then in society and different conceptions of miracles.

INTRODUCIÓN

Los milagros y los encuentros de Jesús en la mayoría de veces se miran y se analizan desde los aspectos exteriores de la persona o grupo de personas que los reciben. Se describen lugares y situaciones, y como las "leyes", ya sea de la naturaleza o de la relación social, se eliminaron o rompieron. Muy pocas veces, se tiene en consideración a los sentimientos y a las consecuencias en la persona beneficiada. En este artículo, se propone una visión desde la persona que recibe el milagro o con quien se da ese encuentro con Jesús, los sentimientos que se pudieron haber dado, y también lo que ese encuentro pudo provocar interna y externamente en la persona. Es necesario conocer un poco de historia, del contexto social y religioso que se vivía en la época de Jesús, para poder comprender el alcance que tienen los encuentros y milagros en las personas. En este artículo se presenta una breve historia y contexto religioso – social, una concepción de los milagros y la descripción de dos encuentros de dos mujeres con Jesús y dos milagros de Jesús desde la óptica personal luego de haber recibido la gracia.

UN POCO DE HISTORIA

Al reconocer que el hombre ha sido creado por Dios, y que su principio y fundamento es el encontrar Su voluntad que es simplemente la felicidad; quienes reciben los milagros de Jesús lo reconocen en un acto de fe, y más allá de eso, como un reencaminarse a esa búsqueda de la felicidad inserta en una comunidad específica desde un Dios que le acompaña.

En la época de Jesús, las condiciones sociales estaban regidas por leyes y normas religiosas que en lugar de permitir una convivencia adecuada y sana entre los miembros de la sociedad, los limitaba y los segregaba según los cánones de salud, fortaleza y pureza. En cierta manera, se permitía ser parte de la sociedad a los varones que cumplían con la ley y tenían salud. Los enfermos, las mujeres y los niños, al no cumplir con

esas condiciones (ser varones vigilantes de la ley y sanos) tenían que depender de la voluntad de quienes sí las cumplían.

La enfermedad, en los tiempos de Jesús, era considerada una desgracia con causa, es decir, la enfermedad le llegaba por un "pecado" cometido por el sujeto o por sus padres o abuelos. Si se tiene en cuenta esta visión, la enfermedad era una consecuencia de su comportamiento, por lo tanto no despertaba en las personas la más mínima compasión para ayudar a reparar esa situación; en su lugar, se alejaban para no contaminarse. Este alejamiento automáticamente lo convertía en un ser invisible, era preferible que el enfermo se alejara a las periferias para que su mal no se siguiera esparciendo, en lugar de recibir la indiferencia y las humillaciones de quienes lo señalaban como un ser impuro y pecador. La enfermedad es en sí un desvío de la naturaleza humana. Si el ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios, lo creó libre, sano y feliz, todo lo que va en contra de esa naturaleza será lo que Jesús tratará de eliminar en cada encuentro.

Las mujeres tienen casi la misma suerte que un enfermo si es que no tienen un varón (padre, marido, hijo, cuñado) a su lado que vele por su bienestar. En la cultura judía de aquella época, la mujer era considerada un ser inferior e impuro. Puede ser que el relato del génesis estigmatizó a la mujer, pues fue creada para proporcionarle ayuda al varón[2], y le dio incluso un sentido de pertenencia. La mujer no es sino un objeto que pasa de su padre a su marido; si este muere pasa a ser posesión de sus hijos, o vuelve a su padre o hermanos. Al parecer, las mujeres eran únicamente útiles al momento de servir al varón y de tener hijos. Fuera de casa, prácticamente la mujer no existía si no estaba acompañada de un varón y definitivamente no tenía voz, pues tenía que permanecer a un costado y en silencio mientras los varones se relacionaban. En la vida de fe, también eran relegadas las mujeres; en el espacio físico del templo, únicamente podían ingresar hasta el lugar señalado, luego del cual estaba reservado únicamente para los varones. Las oraciones diarias no eran una obligación para ellas, tenían que cumplir con la ley del sábado y otras, pero no eran iniciadas en la Torá. Los niños, al depender de la mujer hasta una edad en la que podían cuidarse, relativamente solos, tenían una consideración similar al de la mujer; y es hasta que cumplían 12 años que se les separaba para iniciarles en la Torá y en la vida pública de la sociedad.

Se puede afirmar que la injusticia y desigualdad social eran lo que marcaba la interacción social durante la vida

2 Como lo menciona Pagola en su libro *"Jesús: una aproximación histórica."*

de Jesús. Él posee una sensibilidad mayor, que hace que no pueda continuar con la indiferencia hacia el sufrimiento, la soledad, y la necesidad que veía a cada paso, y más aún le guía a buscar una solución ante la desigualdad social. Jesús recupera la naturaleza humana sanando, liberando, dignificando, incluyendo y mirando como hermanos a todos aquellos quienes fueron excluidos, maltratados e incluso considerados no humanos.

UNA MIRADA A LOS MILAGROS Y ENCUENTROS

"Tradicionalmente se entiende el milagro como un acontecimiento perceptible que supera las posibilidades naturales, que es causado por la omnipotencia de Dios quebrando o, al menos, eludiendo las causalidades naturales, sirviendo, por tanto de confirmación respecto de la palabra reveladora" (Kasper, (2002): *Jesús, el Cristo*. Salamanca, España: Ediciones Sígueme). En este sentido, muchas veces se espera como milagro que aquello que impida que la salud de una persona esté en lo deseable desaparezca para retornar a la naturaleza sana. Se debe creer también que los milagros pueden ir más allá de una sanación física; que van a llevar al cambio o conversión, sin razón aparente, de pensamiento y percepción de una situación o de alguien que genera un movimiento humano que incluye a la persona dentro de una sociedad y cultura.

Los milagros pueden llegar a ser una expresión de la revelación de Dios en la vida diaria de los seres humanos y no necesariamente una prueba de la existencia de Dios. No se parte de la premisa de duda sino de certeza de la que la bondad y la cordialidad retornan a la vida de una persona. Los milagros son la manera que tiene Dios de mostrar su cercanía y benevolencia ante su criatura. Dios creó un ser humano con dimensiones espirituales y corporales, pero al momento en el que el milagro se realiza, las dos dimensiones quedan completamente unidas desde la sanación; el espíritu no está en paz si el cuerpo sufre. A su vez, el cuerpo no está bien si el espíritu está desorientado. Los milagros renuevan la relación entre el cuerpo y espíritu del ser humano para que pueda seguir en la búsqueda de su fin y fundamento. Los milagros en sí son una infiltración de la bondad de Dios que genera esperanza, donde Dios se hace presente y permite al ser humano proyectarse también en amor y bondad hacia los demás.

Los milagros son el cumplimiento de la Palabra (Jesús) en la acción. Se cumple la promesa de compañía y amor que Dios hace a Moisés: *Tú serás mi pueblo* (Ex. 6,7), ya que Dios baja y está

con ellos, con los que necesitan ser restaurados, con los que necesitan confirmar la presencia de Dios entre ellos, con los que tienen la fe para ser salvados. En muchos de los encuentros y milagros, es el mismo Jesús quien se dirige hacia la persona que necesita, todo lo contrario al pensamiento humano que espera que el necesitado pida ayuda. Es por eso que Jesús es acción. Él va, camina y obra; no espera únicamente la presencia de quienes quieren ser sanados.

Los milagros y encuentros de Jesús son presentados en los Evangelios. Son narrados desde un observador que cuenta lo sucedido desde fuera de la persona que lo recibe y hasta de un punto histórico. Los milagros necesariamente provocan una reacción y una acción en y por parte de la persona o grupo social que las recibe. Por esto, se propone una visión de algunos de los milagros realizados por Jesús desde la persona que lo recibe. Se presenta una visión de lo que esa persona podría vivir, sentir, contemplar y actuar a partir de la gracia que acababa de recibir.

Viuda de Naím: Lc. 7, 11 – 17

> *En aquel tiempo iba Jesús de camino a una ciudad llamada Naím, e iban con él sus discípulos y una gran muchedumbre. Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda, a la que acompañaba mucha gente de la ciudad. Al verla el Señor, tuvo compasión de ella, y le dijo: No llores. Y, acercándose, tocó el féretro. Los que lo llevaban se pararon, y él dijo: Joven, a ti te digo: Levántate. El muerto se incorporó y se puso a hablar, y él se lo dio a su madre. El temor se apoderó de todos, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo. Y lo que se decía de Él, se propagó por toda Judea y por toda la región circunvecina.*

Desde la viuda

Todo este tiempo ha sido tan duro para mí. Mi marido murió dejándome sola con mi hijo. He luchado mucho hasta que mi niño crezca y ayude a mantenernos. No es fácil sin marido y sin mi padre estos días. No había quien quiera ayudarnos con un plato de comida, quien nos pueda dar algo de lo que necesitamos. Pero yo estaba con mi hijo, creció y se hizo cargo de mí, consiguió trabajo, ya no nos faltaba nada. También era religioso, iba al templo.

Pero otra vez la oscuridad llegó a mi vida, mi hijo enfermó y aunque yo estaba segura de que pronto sanaría no lo hizo. Murió, me dejó sola sin nadie que

se haga cargo de mí, sin contar para nadie, sin que nadie hable conmigo. Y estaba con un dolor muy grande, quería ser enterrada con él; casi no podía mantenerme en pie. Llegó el momento que lo llevaban a enterrar. Sentí que mi corazón se partía y entre sollozos escucho una voz que dice: "¡No llores!" ¿Cómo alguien puede pedir a una madre que está por enterrar a su hijo que no llore? ¿Es acaso ese no llores, olvídate que la vida sigue?, y ese no llores destrozó ese momento mi corazón, ¿cómo iba yo a olvidarlo? ¿Cómo iba yo a seguir mi vida? Si ya mañana sin mi hijo ya no sería nadie, mi corazón quedaba vacío y solo.

Pero de quien provenían estas palabras ¡No llores! De pronto se acerca a mi hijo y lo toca, todos lo quedamos viendo, acababa de contaminarse, de ser tan impuro como ahora mi niño muerto, y entre la confusión de todos ¡le habla! ¡Le habla a un muerto! "Muchacho a ti te digo levántate" En un momento mi mente se llenó de confusión, pero mi corazón dejó de sentir el dolor y empecé a ver y a creer que este rabino se había fijado en mi hijo y en mí. Me lo entregó nuevamente vivo. Mi niño no me dejaba sola, ya no estaba más muerta con él. ¡Vivía! ¡Vivíamos! Él no se contaminaba de la muerte de mi hijo, él le pasaba su Vida, que ahora era nuestra vida.

Todavía no puedo creer, este rabino que vino a mí, se fijó en mi dolor y me salvó! No tuve la necesidad de ir a pedirle, él con su bondad y su amor vio mi sufrimiento, mi soledad y mi temor, y él me salvó! Su corazón es tan grande, tan lleno de amor por todos, tan lleno de amor ¡por mí!

Según nos han contado, su amor se concretó en la última cena, cuando estaba junto a todos sus discípulos y prometió quedarse. Y quedarse no como un recuerdo. Quedarse en verdad, ser parte de la vida de cada uno de nosotros. Él se quedó en el Pan y el Vino, para ser parte de cada uno de nosotros.

Mujer adúltera: Jn. 8, 1 - 11

> *Jesús fue al monte de los Olivos. Al amanecer volvió al Templo, y todo el pueblo acudía a él. Entonces se sentó y comenzó a enseñarles. Los escribas y los fariseos le trajeron a una mujer que había sido sorprendida en adulterio y, poniéndola en medio de todos, dijeron a Jesús: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés, en la Ley, nos ordenó apedrear a esta clase de mujeres. Y tú, ¿qué dices?». Decían esto para ponerlo a prueba, a fin de poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, comenzó a escribir en el suelo con el dedo. Como insistían, se enderezó y les dijo: «El que no tenga pecado, que arroje la primera piedra». E in-*

clinándose nuevamente, siguió escribiendo en el suelo. Al oír estas palabras, todos se retiraron, uno tras otro, comenzando por los más ancianos. Jesús quedó solo con la mujer, que permanecía allí, e incorporándose, le preguntó: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Alguien te ha condenado?». Ella le respondió: «Nadie, Señor». «Yo tampoco te condeno, le dijo Jesús. Vete, no peques más en adelante»

Desde la mujer

Me descubrieron en adulterio. Estaba asustada, más que eso aterrada. La ley lo dice claro: si una mujer es encontrada en adulterio, debe morir lapidada. Y eso es lo que me iba a pasar. No me dejaron tomar mi ropa para ir al lugar donde todos pensaban terminar con mi vida y más aún con mi pecado. No recuerdo que pasó con el hombre con quien estaba, nadie supo más de él. Me llevaron entre empujones, insultos y maltratos; yo nada puedo decir pues tienen la ley a su favor. Estaba por morir y yo lo sabía, tenía miedo, lloraba y pedía piedad, pero nadie me escuchaba.

Todos decidieron llevarme al templo, donde estaba un tal Jesús enseñando. Mientras íbamos allá, tal vez para no escuchar más lo que todos me decían, yo esperaba que tal vez Él pensara diferente. Tal vez Él me perdonaría la vida.

Cuando llegamos al templo le expusieron mi situación a Jesús, todos ya listos con las piedras en la mano, pues sabían que no iba a ir en contra de la ley de Moisés. Jesús escuchó y calló. Cada minuto que pasaba yo sentía que iba a ser mi fin. Quería creer que Él haría algo, pero su silencio me llenaba de dudas. Él escribía algo en la arena. No comprendía nada, y todos mis acusadores estaban ya impacientes por empezar con su propósito, terminar con mi pecado y mi vida. Yo esperaba postrada en tierra, llorando, esperando sentir la primera piedra.

De repente, Jesús rompió el silencio, y tampoco es que dijo mucho: "El que no tenga pecado, que lance la primera piedra". En ese momento, lo único que hice fue apretar mis puños y mis ojos; ya pronto todo terminaría. Pero nada sucedió. Abrí mis ojos y vi como el más anciano se alejaba de todos, nada me lanzaba. Y uno a uno hicieron lo mismo, los ancianos primero hasta el más joven. No tardó mucho el desfile de todos mis acusadores. Nadie más había que me acusara o que me quisiera dejar sin vida. Busqué con qué cubrirme un poco más.

Me preguntó: "¿Quién te acusa?" yo miré a mi alrededor y nadie más había. Lo miré a Él y me dijo: "Yo tampoco te condeno, vete y no peques más". Yo estaba confundida. Ya no tenía miedo. No pude más que decirle: ¡"Señor"! De

algo estaba segura, Él no era un maestro más. En el momento que no me condenó, que me permitió regresar, mi corazón se llenó de gozo y gratitud. Podía irme, libre, podía comenzar de nuevo. Nunca olvidaré que me dijo que no pecara más, y muchas veces no lo logro, pero siempre intento, busco siempre su perdón. Jesús creyó en mí. Él creyó que podía comenzar de nuevo y que podía hacerlo sin pecado. Él me ayudó a confiar en mí, a confiar en Él. Mi vida estaba restaurada. Nadie había que me acusara, ni Él, ni yo. Era una mujer nueva, con una nueva vida. Jesús me había dado vida.

Mujer arrepentida: Lc. 7, 36 – 50

> *Un fariseo invitó a Jesús a comer con él. Jesús entró en la casa y se sentó a la mesa. Entonces una mujer pecadora que vivía en la ciudad, al enterarse de que Jesús estaba comiendo en casa del fariseo, se presentó con un frasco de perfume. Y colocándose detrás de él, se puso a llorar a sus pies y comenzó a bañarlos con sus lágrimas; los secaba con sus cabellos, los cubría de besos y los ungía con perfume.*
> *Al ver esto, el fariseo que lo había invitado pensó: «Si este hombre fuera profeta, sabría quién es la mujer que lo toca y lo que ella es: ¡una pecadora!» Jesús le respondió: "Simón, tengo algo que decirte." Él dijo: "Di, maestro." "Un acreedor tenía dos deudores: uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían para pagarle, perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le amará más?" Respondió Simón: "Supongo que aquel a quien perdonó más."*
> *Él le dijo: "Haz juzgado bien." Y, volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: "¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella, en cambio, ha mojado mis pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos. No me diste el beso. Ella, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. No ungiste mi cabeza con aceite. Ella ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor. A quien poco se le perdona, poco amor muestra" Y le dijo a ella "Tus pecados quedan perdonados." Los comensales empezaron a decirse para sí: "¿Quién es este, que hasta perdona los pecados?" Pero él dijo a la mujer; "Tu fe te ha salvado. Vete en paz."*

Desde la mujer

Había escuchado mucho de un tal Jesús, que andaba sanado y liberando a muchas personas. Les había devuelto la vista, el oído, les había hecho caminar. Estaba segura que a mí tam-

bién me iba a sanar, iba a quitar este dolor y este vacío en mí. Esperaba mucho el poder verlo. Todo lo que Él hablaba iba entrando en mi corazón, Él tenía razón. Yo era amada por el Señor, Él me había dado todo pero yo no podía retribuirlo, o tal vez no quería. Pero cada palabra que Él iba diciendo entraba en mí como un fuego que me pedía ser diferente, ser quien ya era para Dios, una persona buena, una persona que entregada a Él y a los demás.

Cuando me enteré que Jesús iba a estar en la casa de Simón quise salir corriendo a verlo. Necesitaba oír sus palabras y sentir su perdón. Quería demostrarle que estaba dispuesta a ser diferente. Pero tenía mucho miedo de ir donde Él. Ninguno de ellos aceptaba que yo estuviese cerca. Todos sabían quién había sido pero no quién yo era en este momento. Más de una vez pensé en no ir, en evitar que todos me vieran como si les pudiera contagiar de algo. Pero mi necesidad de estar cerca de Jesús, de agradecerle por todo lo que sus palabras habían hecho en mí, quería ser perdonada por Él, quería poder continuar la vida como la nueva mujer que soy. Me decidí y salí a verlo, llevé perfume conmigo, el más caro que yo podía pagar, quería rociar sus pies del mejor olor.

Cuando llegué tuve mucho miedo de entrar, de que me sacaran o no me dejaran hablar con Jesús. Por eso lo que hice fue entrar sin pedir permiso y ponerme a los pies de este rabino. Tal vez el mayor rabino que verían mis ojos. Mi emoción fue tanta que no pude dejar de llorar. Lavé sus pies con el perfume, pero también con mis lágrimas y los sequé con mi cabello. Al comienzo creo que mis lágrimas eran de dolor, sufrimiento y arrepentimiento, pero luego mis lágrimas se transformaron en lágrimas de gratitud y de amor. Desde que lo escuché ya no era la misma, pero desde ahora definitivamente no volvería a ser la misma. Menos podría ser la misma cuando Jesús me había acogido, no hizo nunca un gesto para retirarme; es más, me había defendido de la mirada dura y acusadora de todas las personas que estaban con Él. Jesús me había dado el Perdón, quedaba limpia para comenzar de nuevo.

Paralítico de Betsata: Jn 5, 1 – 13

> *Después de esto, se celebraba una fiesta de los judíos y Jesús subió a Jerusalén, junto a la puerta de las Ovejas, hay una piscina llamada en hebreo Betsata, que tiene cinco pórticos. Bajo estos pórticos yacía una multitud de enfermos, ciegos, paralíticos y lisiados, que esperaban la agitación del agua. [Porque el Ángel del Señor descendía cada tanto a la piscina y movía el agua. El primero que entraba en la pis-*

cina, después que el agua se agitaba, quedaba curado, cualquiera fuera su mal.] Había allí un hombre que estaba enfermo desde hacía treinta y ocho años. Al verlo tendido, y sabiendo que hacía tanto tiempo que estaba así, Jesús le preguntó: «¿Quieres curarte?». El respondió: «Señor, no tengo a nadie que me sumerja en la piscina cuando el agua comienza a agitarse; mientras yo voy, otro desciende antes». Jesús le dijo: «Levántate, toma tu camilla y camina». Enseguida el hombre se curó, tomó su camilla y empezó a caminar. Era un sábado, y los Judíos dijeron entonces al que acababa de ser curado: «Es sábado. No te está permitido llevar tu camilla». Él les respondió: «El que me curó me dijo: «Toma tu camilla y camina». Ellos le preguntaron: «¿Quién es ese hombre que te dijo: «Toma tu camilla y camina?». Pero el enfermo lo ignoraba, porque Jesús había desaparecido entre la multitud que estaba allí."

Desde el paralítico

Treinta y ocho años he estado acá, esperando poder llegar a la piscina cuando el ángel agitaba el agua. He tenido mis días, la esperanza era lo que me mantenía, sobre todo al ver a través de los años, que algunos sí eran sanados. Yo estaba seguro que sería el siguiente. Pero también recuerdo aquellos días en los que quería que ya todo terminara, que la piscina desapareciera; si yo no iba a ser sanado, que nadie más lo fuera. Los momentos en que el agua se movía eran los momentos más difíciles de mi existencia, pues era ahí cuando me veía en la soledad absoluta, en la necesidad y carencia mayor. El esfuerzo de estar ahí y el deseo de estar sano parecían una mera ilusión que a veces me mantenía y a veces me mortificaba. Un día un señor se acerca y recibo la pregunta, hasta ese momento, la más absurda que me pudieron haber hecho: ¿Quieres sanarte? Lo primero que se me vino a la mente fue que esta persona estaba fuera de sus cabales, si no hubiera querido sanarme, no estaría ahí. Sin embargo, algo me llevó a responder de otra manera, simplemente le conté mi soledad: Cuando el agua se agita no tengo a nadie que me meta. Como respuesta tampoco recibí algo que me convenció: Levántate, toma tu camilla y anda. ¿Cómo lo iba a hacer? Había estado en esa condición desde hace treinta y ocho años, si pudiera levantarme e irme ya lo hubiera hecho. Nuevamente, no respondí de esa manera, permití que la esperanza y la ilusión me invadan y obedecí a esa orden que para muchos es muy simple, que para mí jamás lo fue. Y mi cuerpo me obedeció. Tenía una sensación rara en todo mi cuerpo el deseo de levantarme y caminar no fue solo el deseo, sino que

mi cuerpo obedeció, también se levantó y caminó. Estaba libre para ir donde yo necesitaba y quisiera. Este hombre, a quien nunca vi no necesitó del agua, ni de tocarme, únicamente me dio la orden y yo pude ya caminar. Al salir de la piscina, todos me retaron por llevar la camilla en día sábado, pero definitivamente no estaba dispuesto a desobedecer. Nadie con sus normas y leyes me pudo liberar, y este tal Jesús lo hizo, y no pidió más que cargar mi camilla y no separarme de Dios. Cuando me encontré de nuevo con Jesús en el templo, su mirada llena de alegría también me llenó de alegría, y también deseé repartir esa misericordia recibida. Deseé seguirlo, ser parte de su grupo que reparte misericordia. Desde ese día soy nuevamente parte de un pueblo, no me ven más como aquél que nada puede, soy parte de la sociedad a la que yo también beneficio con mi trabajo. Desde ese día soy un hombre nuevo.

CONCLUSIONES

Muchas de las veces la palabra "milagro" nos lleva inesperadamente a la magia, a la ruptura de leyes naturales, y muchos de ellos en realidad lo son. Sin embargo e indudablemente ese milagro lleva a una conversión, a un cambio de vida y de actitud que desde algún punto como gratuidad de lo ocurrido en la vida. Hay también aquellos milagros imperceptibles, o que simplemente no los tomamos en cuenta porque simplemente pensamos que ha sido producto de nuestro esfuerzo únicamente. Personalmente, puedo dar testimonio que mi vida tuvo un cambio; desde que acepté muchas cosas como milagros y bendiciones, mi actitud hacia la vida también ha cambiado y la mirada hacia los demás ha tenido un tiente de misericordia. Los milagros de Jesús para mí se dan a diario en la vida de quienes lo aceptan.

BIBLIOGRAFÍA

Biblia-Español. (2009). Biblia de Jerusalén. Bilbao, España: Desclée de Brouwer.

Ivoni Richter Reimer. (2011). El milagro de las manos: sanaciones y exorcismos de Jesús en su contexto histórico-cultural. Navarra, España: Verbo Divino.

José Antonio Pagóla. (2007). Jesús, Aproximación Histórica. Boadilla del Monte, Madrid.: PPC, Editoral y Distribuidora S.A Impresores, 2.

Walter Kasper, (2002): Jesús, el Cristo. Salamanca, España: Ediciones Sígueme